

Hola, tío.

—Pero ¿qué hago aquí? ¿Quién eres?

—Ya sabes quién soy.

—Eres...

—Venga, dilo.

—¿Eres... Dios?

—¡Ves cómo no resultaba tan difícil! Pues claro que soy Dios; te imaginabas que era así, ¿no?

—Sí, pero de eso a verte con mis propios ojos... Entonces, ¿de verdad existes?

—¡Por supuesto que existo!

—No, no me lo creo, es imposible...

—Anda, por favor, no te comportes como los demás, no vayas a pasarte horas preguntándote si es un sueño o si has muerto. No, no estás

muerto, y sí, soy Dios, existo y estás hablando conmigo. Esto no es para ningún programa de la tele, ni soy un actor con barba blanca, ni tenemos una cámara oculta. ¡Qué pelmas os habéis puesto últimamente! Antes era mucho más fácil... Venga, ¿estás más tranquilo?

—No sé, me parece que alucino...

—¡Huy, qué agotamiento! Bueno, te mando de vuelta a tu casa y cuando estés menos suspicaz me llamas.

Hace un ligero gesto con la mano y, hala, otra vez estoy de vuelta en el salón de mi casa, tirado en el sofá como hace un rato, antes de haber estado en el cielo. Pues sí, acabo de darme cuenta de que he hablado con Dios, y de que vive en las nubes. De hecho, como Casimir, bueno, casi igual. Es superimpresionante, de verdad, te sobrecoge.

Creo que necesito recapitular: he cumplido treinta años, nunca he padecido problemas psiquiátricos, hoy no he bebido alcohol y hace mucho tiempo que no consumo drogas. Entonces, ¿qué acaba de suceder? Estaba sin hacer nada delante de la tele, de pronto me ciega una especie de flash y, en menos de un segundo, estoy en el cielo hablando con un tipo mayor que muy probablemente sea Dios. Desde luego, es el tío que más se parece a Dios de todos los que he visto en

mi vida. Por lo tanto, tendré que rendirme a la evidencia, no se me ocurre quién más habría podido hacer semejante cosa, me refiero a la teletransportación y el decorado... Seguro que es él. ¡Vaya historia más alucinante! ¡Dios me ha llamado, me ha llevado a su casa y ha hablado conmigo! ¡Increíble! ¿Soy una especie de profeta o qué? Es posible que quiera transmitirme un mensaje para que lo difunda entre la humanidad o algo parecido... Tengo que enterarme; lo llamaré como me ha dicho que haga:

—Eh..., Dios.

El mismo flash que hace un rato y otra vez estoy delante de él.

—¿Ya te has tranquilizado?

—Oye, espera, ponte en mi lugar, conocer a Dios impone. Es algo así como cuando vi a Ophélie Winter en carne y hueso, por la calle...

—Gracias por la comparación...

—¡Bueno, ya entiendes lo que quiero decir! No es que te compare con ella, sólo era un ejemplo.

—Sí, te había entendido a la primera, pero lo decía para hacerte rabiar un poco, ¿eh?

—Dios, ¿eso hace rabiar?

—Por favor, no digas «eso» cuando te refieras a mí, no soy una cosa. Sin embargo, es verdad, como dices, hago rabiar, ¡incluso bromeo y

también cuento chistes! Con el tiempo, verás que no soy para nada como imaginas.

—Huy, te confieso que espero cualquier cosa... De hecho, a lo mejor preferirías que te hablara de usted, ¿no?

—No hace falta, de todos modos ya te has acostumbrado a tutearme. ¿Sabes?, no me asusta la falta de respeto; en ese sentido, realmente, no soy como vosotros, los seres humanos. No tengo ningún problema con el ego, porque soy Todo. En fin, es una manera de hablar. ¿Cómo te lo explicaría?... Fíjate, mi mayor problema cuando decido hablar con alguno de vosotros es hacer abstracción de casi todo lo que sé, simplemente, para conseguir que me entendáis. Es un ejercicio de estilo bastante cansino.

—¡Anda!, ¿sientes cosas físicas y anímicas?

—Por supuesto. No obstante, si te parece bien, hablaremos de eso más tarde, cuando estés preparado.

—¿Y cuándo estaré preparado?

—Dentro de poco, tranquilo.

—Con todo, me resulta *rora*..., ay, perdona, *rora* quiere decir «raro», es verlan. Huy, perdón, verlan es una forma de argot que invierte las sílabas...

—¿Pero por quién me tomas? ¿Por tu vecino de escalera, un vendedor de aspiradores a domici-

lio? Te recuerdo que soy Dios. Hablo todos los idiomas y dialectos, entiendo y sé todo lo que sale de la boca de las personas. Éste es el Saber número Uno: en lo tocante a vosotros, los seres humanos, soy omnisciente. ¿Entiendes lo que significa?

—Así, a bote pronto, que conoces todo de nosotros.

—¡Bravo! Has integrado el Saber número Uno.

—¡Guay!, ¿qué he ganado?

—Puedo alargarte el sexo unos cuantos centímetros, ¿te parece bien? Venga, no demasiado...

—¡Cómo es posible que seas tan vulgar! Compórtate, no lo digo por nada, pero deberías ejercer tu condición de Dios. ¿No existe una deontología de los dioses, un comportamiento apropiado?

—Bueno, aquí tenemos otras dos cosas que has de aprender: Saber número Dos, sólo hay un Dios y soy yo. Saber número Tres, como yo soy todo lo que afecta a los seres humanos, puedo permitirme lo que quiera. Yo soy el amor, la poesía, también soy la vulgaridad, soy la literatura, y la música, y el humor...

—Según parece, la modestia es otra...

—Desde luego, eres como pensaba. ¡Lanzas una pulla a Dios sin el menor escrúpulo! Intenta darte cuenta: ¡estás burlándote de Dios!

—Porque me encuentro muy a gusto contigo, es como si nos conociéramos de toda la vida...

—Normal, todos con los que he hablado tienen esa sensación. Siempre he velado por ti, igual que por los demás, te conozco mejor de lo que tú te conoces a ti mismo. Soy un poco tu padre, un poco tus amigos; cuando estamos juntos, estamos en familia.

—¿Es decir...?

—Es decir que tú también me conoces. Existes, luego me conoces. Soy un poco tú y tú eres un poco yo. Pero bueno, te dejaré en paz un rato para que pienses en esto con tranquilidad. Antes de separarnos, te entrego el Saber número Cuatro, que es el último: no debes conceder a nuestro encuentro mayor importancia de la que en realidad tiene. Con el tiempo lo entenderás, igual que todo lo demás. Hala, hasta pronto.

Hace tres días que no he tenido noticias tuyas; me estoy volviendo loco. Y sobre todo es desesperante porque olvidé preguntarle por el mensaje que tenía que darme. De pronto, empiezo a pensar que esta historia es una alucinación que me provocó cualquier cosa que comí o una intoxicación por monóxido de carbono, en fin, algo que me puso las neuronas vueltas del revés. Porque si hay algo de lo que estoy seguro, es de no haberlo soñado, no dormía. Por más que he intentado llamarlo, no he obtenido ninguna respuesta, ni siquiera un flash que me transportase al cielo. Nada.

Estoy harto de quedarme encerrado en casa, creo que más me valdría volver al curro. Cuando llamé, el otro día, dije que estaba acata-

rrado, pero René va a empezar a mosquearse. Por muy jefe enrollado que sea, tampoco es cuestión de abusar. Venga, son casi las seis de la tarde, me queda una hora para prepararme e ir al sex shop. Tengo que recuperar mi vida normal.

—¡Hola, René, aquí me tienes otra vez!

—¡Ey!, ¿ya te has curado?

—Sí, me encuentro mucho mejor, gracias, aunque no he ido al médico, no tengo la baja...

—Sabes que me la trae floja. Para una vez al año que te pones enfermo, no voy a descontarte pasta.

—Gracias. ¿Anda todo en orden?, ¿nada especial?

—No. Bueno, sí, una historia divertidísima. Contraté a una chica para sustituirte, me apetecía ver qué pasaba. Y no te lo vas a creer, ¡las tres noches que curró, bajaron un montón las ventas! Me parece que a nuestros clientes les daba vergüenza pasar por caja con esas películas para retrasados mentales y que les atendiera una chavalita con pinta seria. Tronchante, ¿no?

—Sí, ya lo creo, aunque tampoco me sorprende. También tú, ¿cómo se te ocurre contratar a una tía?

—Quería probar y metí la pata, pero me parece que esta noche tendrás bastante que hacer, los dementes deben de andar con mono de estupro. Ciao, que te vaya bien.

No me gusta mucho que René hable de ese modo, no demuestra ningún respeto por los clientes que vienen a satisfacer sus miserias sexuales aquí. Siempre los llama «dementes», «pervertidos», «retrasados mentales». En mi opinión son, fundamentalmente, unos pobres desgraciados atrapados entre fantasías que van cada vez más lejos y una vida que cae cada vez más bajo. Pienso que no hay nada de malo en ellos, sino que están solos. En todo caso, hace ocho años que curro en el sex shop y ninguno de los clientes asiduos ha aparecido en la página de sucesos de los periódicos, lo cual demuestra que no hacen daño a nadie. A René le importa un comino esa gente, sólo le interesa gestionar su negocio tranquilamente, punto. Y según creo, teniendo en cuenta que este año ha cambiado de coche otra vez y que las Navidades pasadas me subió el sueldo, lo consigue. Me parece que es el único jefe que sube el sueldo a sus empleados sin que éstos se lo pidan.

La noche es larga y tranquila. Esa chica ha debido de aplacar a nuestros clientes. Te lo juro,

René tiene unas ideas... Bueno, echaré una ojeada al nuevo *Boca pequeña y sin embargo gran glotona*, ya el volumen noveno. Al menos el tiempo pasa rápido.

Pero, ahora que lo pienso, Dios debe de estar viéndome aquí, fantaseando con esta morena que, efectivamente, tiene una boca muy pequeña. Incluso quizá sepa que me excita, ¡tal vez en este momento esté leyéndome el pensamiento! ¿Cómo voy a saberlo?

—¿Dios? Dios, por favor, es urgente.

—¿Sí?

—El flash me fastidia, tengo los ojos delicados. En fin, eso no es lo importante... Andaba yo preguntándome..., ¿hace un rato me mirabas?

—¡Ay!, la clásica pregunta: ¿os veo continuamente? La respuesta es sí.

—¿Cómo? ¿Me estás viendo todo el tiempo?

—¿En qué idioma he de decírtelo? Sí, te veo a cada momento. No sólo te veo, sé qué piensas, qué imaginas... tú y todos los seres humanos.

—Espera, ¿eso es un infierno! ¿No podías mentirme?

—¿Por qué querrías que te mintiese?

—No sé, ¡sabiéndolo no podré vivir con normalidad!

—Sí, tranquilízate. Necesitarás un poco de tiempo, es todo.

—¿Quieres decir que me ves hasta cuando me hago una pa..., eh..., cuando me masturbo?

—Si sólo fuera eso, pase... ¡Pero lo veo todo! Mira, ¿recuerdas, hace tres años, cuando quisiste regalar un vibrador a Sabrina por su cumpleaños?

—¿Conoces a Sabrina?

—Saber número Uno... En resumidas cuentas, le sentó fatal y, supercortada, como siempre, te dijo que era asqueroso. Pues bien, ¿recuerdas qué hiciste esa noche con el vibrador?

—¿Cómo? Me viste cuando me lo metí por el... ¡Ay, no! ¡Coño, nunca podré volver a mirarte a la cara! ¡Qué horror!, Dios me ha visto probando un vibrador. ¡Es la mayor vergüenza de mi vida!

—Vamos, hombre, no te sientas incómodo.

—Anda, el otro me dice que no me sienta incómodo. Gracias, ahora que tú me lo pides, me siento mejor, nada incómodo, ¡es mágico!

—¡Adoro la ironía! También soy yo.

—Entiéndeme, lo hice por curiosidad, casi por una cuestión de profesionalidad, los vendo a diario. Además, sólo fue una vez, ¡te lo juro!

—¿Cuántas veces dices?

—Sí, bueno..., quizá dos... Eres agotador, ya vale, mándame de vuelta.

—No te lo tomes así, sólo era una broma...

—¡Mán-da-me-de-vuel-ta! ¡Inmediatamente!

—Como quieras.